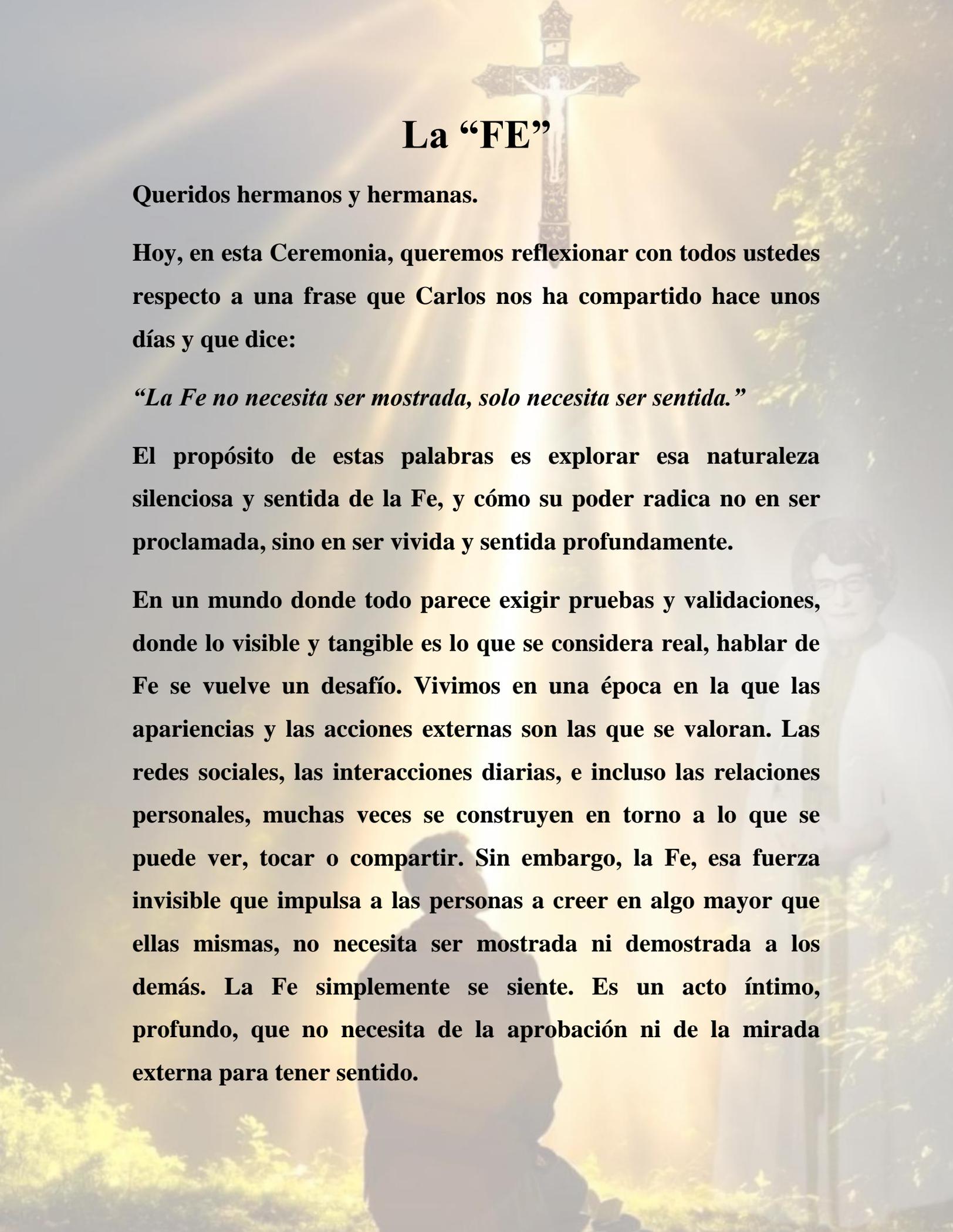


TEMPLO HERMANA TERESA



La "FE"
13/10/2024





La “FE”

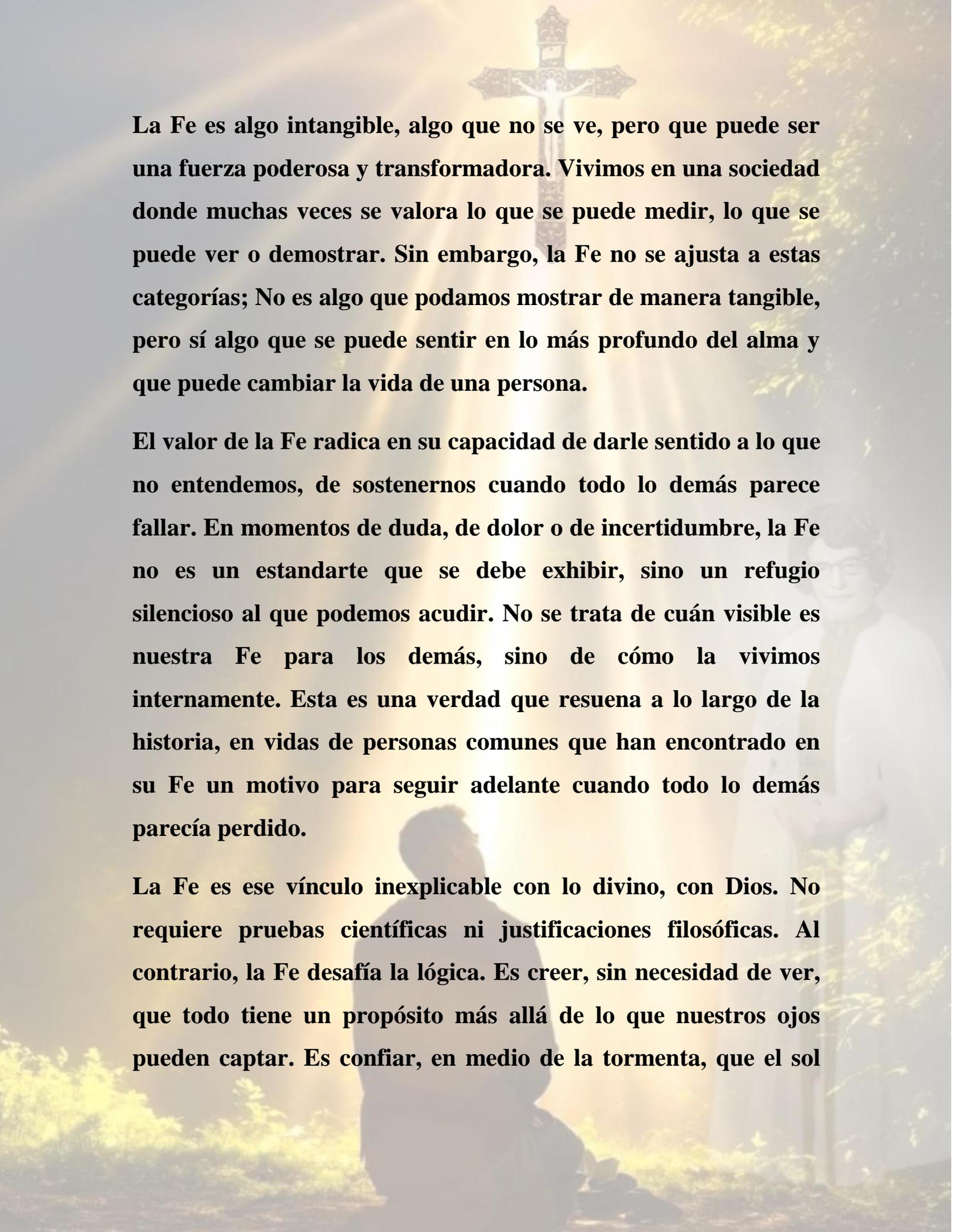
Queridos hermanos y hermanas.

Hoy, en esta Ceremonia, queremos reflexionar con todos ustedes respecto a una frase que Carlos nos ha compartido hace unos días y que dice:

“La Fe no necesita ser mostrada, solo necesita ser sentida.”

El propósito de estas palabras es explorar esa naturaleza silenciosa y sentida de la Fe, y cómo su poder radica no en ser proclamada, sino en ser vivida y sentida profundamente.

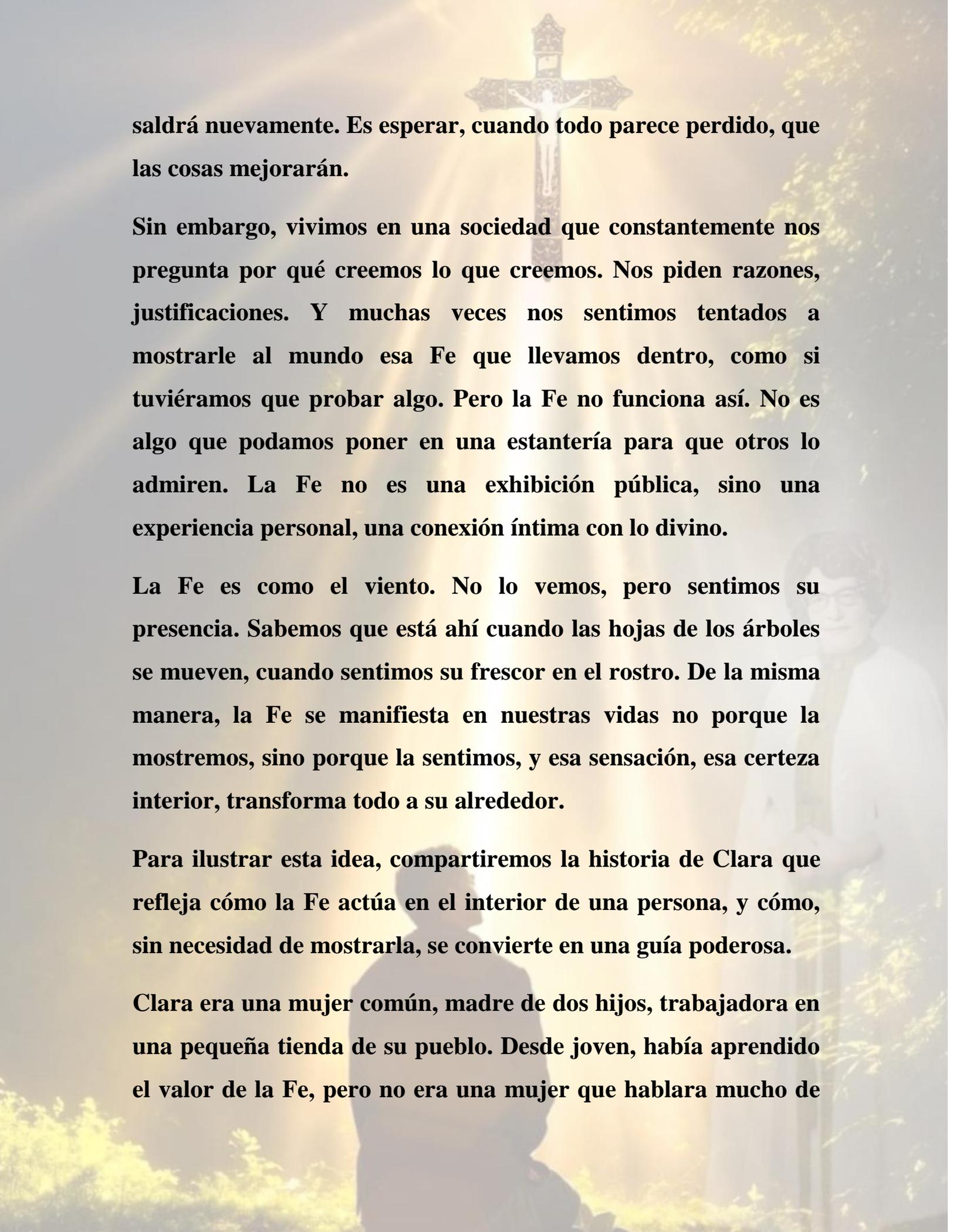
En un mundo donde todo parece exigir pruebas y validaciones, donde lo visible y tangible es lo que se considera real, hablar de Fe se vuelve un desafío. Vivimos en una época en la que las apariencias y las acciones externas son las que se valoran. Las redes sociales, las interacciones diarias, e incluso las relaciones personales, muchas veces se construyen en torno a lo que se puede ver, tocar o compartir. Sin embargo, la Fe, esa fuerza invisible que impulsa a las personas a creer en algo mayor que ellas mismas, no necesita ser mostrada ni demostrada a los demás. La Fe simplemente se siente. Es un acto íntimo, profundo, que no necesita de la aprobación ni de la mirada externa para tener sentido.



La Fe es algo intangible, algo que no se ve, pero que puede ser una fuerza poderosa y transformadora. Vivimos en una sociedad donde muchas veces se valora lo que se puede medir, lo que se puede ver o demostrar. Sin embargo, la Fe no se ajusta a estas categorías; No es algo que podamos mostrar de manera tangible, pero sí algo que se puede sentir en lo más profundo del alma y que puede cambiar la vida de una persona.

El valor de la Fe radica en su capacidad de darle sentido a lo que no entendemos, de sostenernos cuando todo lo demás parece fallar. En momentos de duda, de dolor o de incertidumbre, la Fe no es un estandarte que se debe exhibir, sino un refugio silencioso al que podemos acudir. No se trata de cuán visible es nuestra Fe para los demás, sino de cómo la vivimos internamente. Esta es una verdad que resuena a lo largo de la historia, en vidas de personas comunes que han encontrado en su Fe un motivo para seguir adelante cuando todo lo demás parecía perdido.

La Fe es ese vínculo inexplicable con lo divino, con Dios. No requiere pruebas científicas ni justificaciones filosóficas. Al contrario, la Fe desafía la lógica. Es creer, sin necesidad de ver, que todo tiene un propósito más allá de lo que nuestros ojos pueden captar. Es confiar, en medio de la tormenta, que el sol



saldrá nuevamente. Es esperar, cuando todo parece perdido, que las cosas mejorarán.

Sin embargo, vivimos en una sociedad que constantemente nos pregunta por qué creemos lo que creemos. Nos piden razones, justificaciones. Y muchas veces nos sentimos tentados a mostrarle al mundo esa Fe que llevamos dentro, como si tuviéramos que probar algo. Pero la Fe no funciona así. No es algo que podamos poner en una estantería para que otros lo admiren. La Fe no es una exhibición pública, sino una experiencia personal, una conexión íntima con lo divino.

La Fe es como el viento. No lo vemos, pero sentimos su presencia. Sabemos que está ahí cuando las hojas de los árboles se mueven, cuando sentimos su frescor en el rostro. De la misma manera, la Fe se manifiesta en nuestras vidas no porque la mostremos, sino porque la sentimos, y esa sensación, esa certeza interior, transforma todo a su alrededor.

Para ilustrar esta idea, compartiremos la historia de Clara que refleja cómo la Fe actúa en el interior de una persona, y cómo, sin necesidad de mostrarla, se convierte en una guía poderosa.

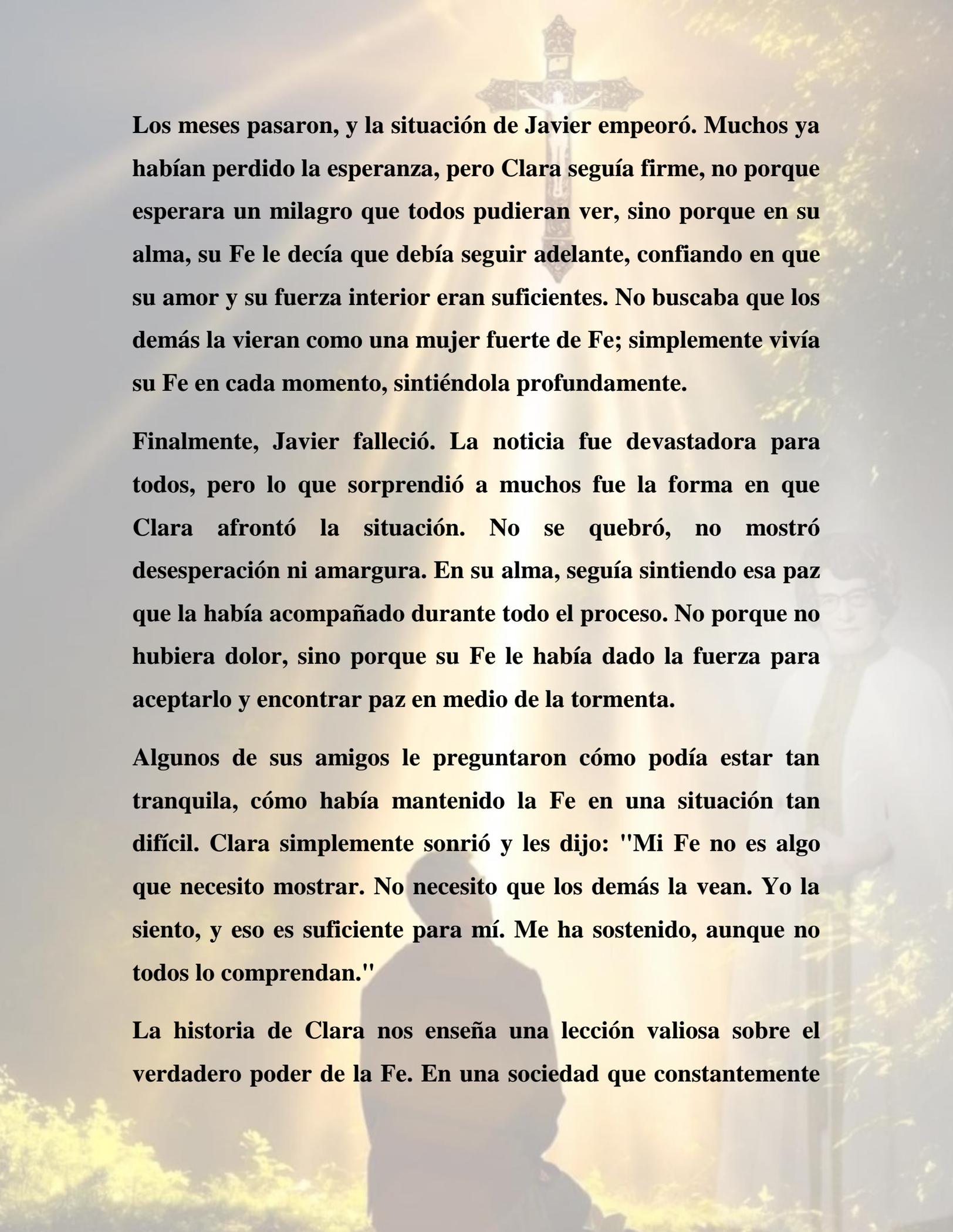
Clara era una mujer común, madre de dos hijos, trabajadora en una pequeña tienda de su pueblo. Desde joven, había aprendido el valor de la Fe, pero no era una mujer que hablara mucho de



ello. No era de las que asistían a todas las reuniones religiosas ni de las que compartían continuamente sus creencias con otros. Sin embargo, en su corazón, Clara tenía una Fe profunda que la guiaba en cada paso que daba.

Un día, Clara recibió una noticia devastadora. Su hijo mayor, Javier, de solo veinte años, fue diagnosticado con una enfermedad grave. Los médicos no eran optimistas, y la familia se sumergió en una tormenta de incertidumbre y miedo. Amigos y vecinos intentaron consolarla, muchos le decían que tenía que mostrar su Fe, que debía orar más fuerte, pedir ayuda o buscar soluciones desesperadas. Pero Clara no reaccionó de esa manera.

En lugar de proclamar su Fe a los cuatro vientos, Clara se refugió en su interior. En medio del dolor, no se le vio desesperada ni perdida. Claro, lloró y sufrió como cualquier madre en su situación, pero en su alma, Clara mantenía una paz que muchos no podían entender. Algunos pensaban que no estaba lo suficientemente preocupada, que no demostraba su Fe con suficiente fuerza. Sin embargo, lo que no sabían era que Clara sentía una fuerza interior que la mantenía en calma, una confianza profunda de que, pasara lo que pasara, todo tendría sentido de alguna manera.

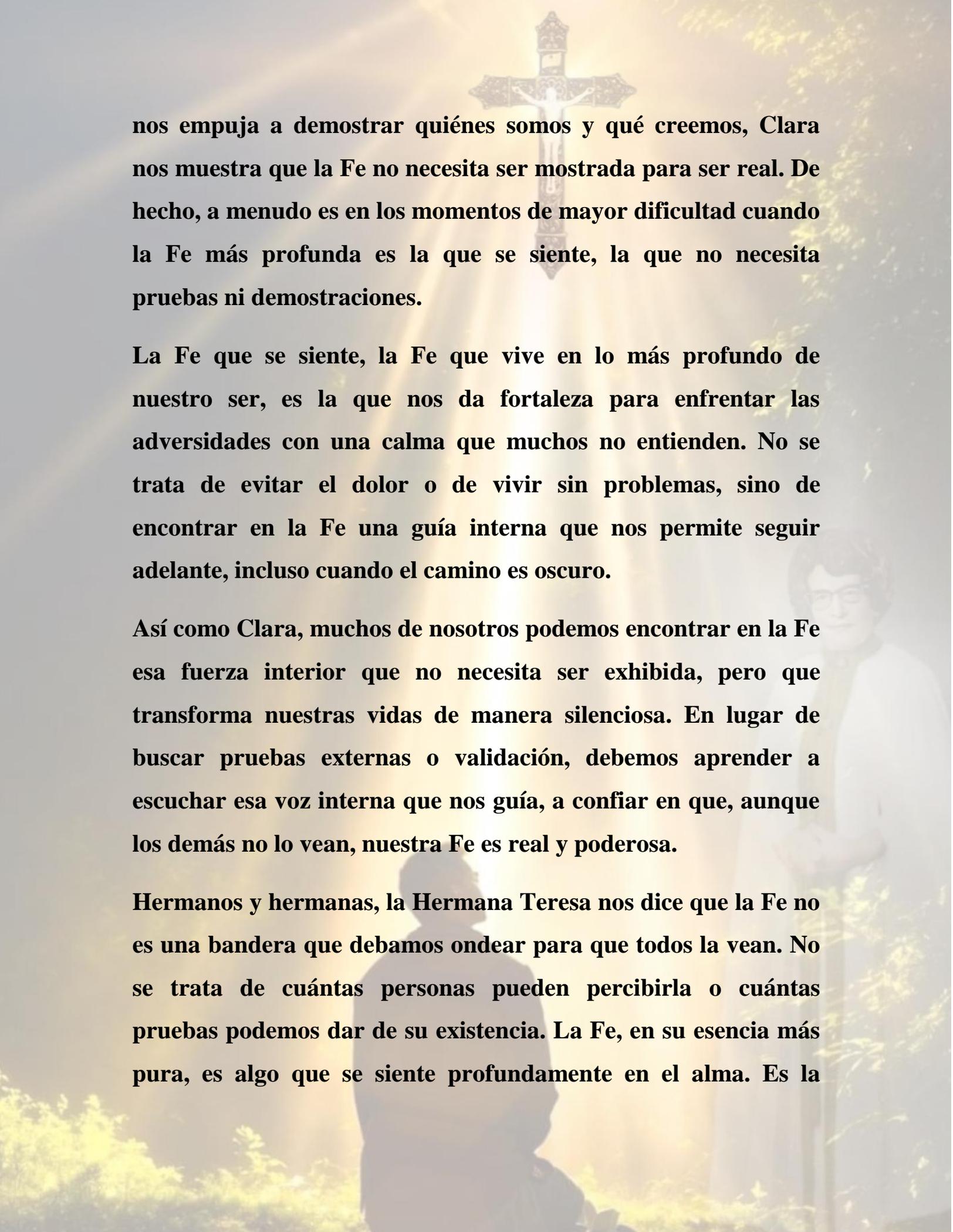


Los meses pasaron, y la situación de Javier empeoró. Muchos ya habían perdido la esperanza, pero Clara seguía firme, no porque esperara un milagro que todos pudieran ver, sino porque en su alma, su Fe le decía que debía seguir adelante, confiando en que su amor y su fuerza interior eran suficientes. No buscaba que los demás la vieran como una mujer fuerte de Fe; simplemente vivía su Fe en cada momento, sintiéndola profundamente.

Finalmente, Javier falleció. La noticia fue devastadora para todos, pero lo que sorprendió a muchos fue la forma en que Clara afrontó la situación. No se quebró, no mostró desesperación ni amargura. En su alma, seguía sintiendo esa paz que la había acompañado durante todo el proceso. No porque no hubiera dolor, sino porque su Fe le había dado la fuerza para aceptarlo y encontrar paz en medio de la tormenta.

Algunos de sus amigos le preguntaron cómo podía estar tan tranquila, cómo había mantenido la Fe en una situación tan difícil. Clara simplemente sonrió y les dijo: "Mi Fe no es algo que necesito mostrar. No necesito que los demás la vean. Yo la siento, y eso es suficiente para mí. Me ha sostenido, aunque no todos lo comprendan."

La historia de Clara nos enseña una lección valiosa sobre el verdadero poder de la Fe. En una sociedad que constantemente

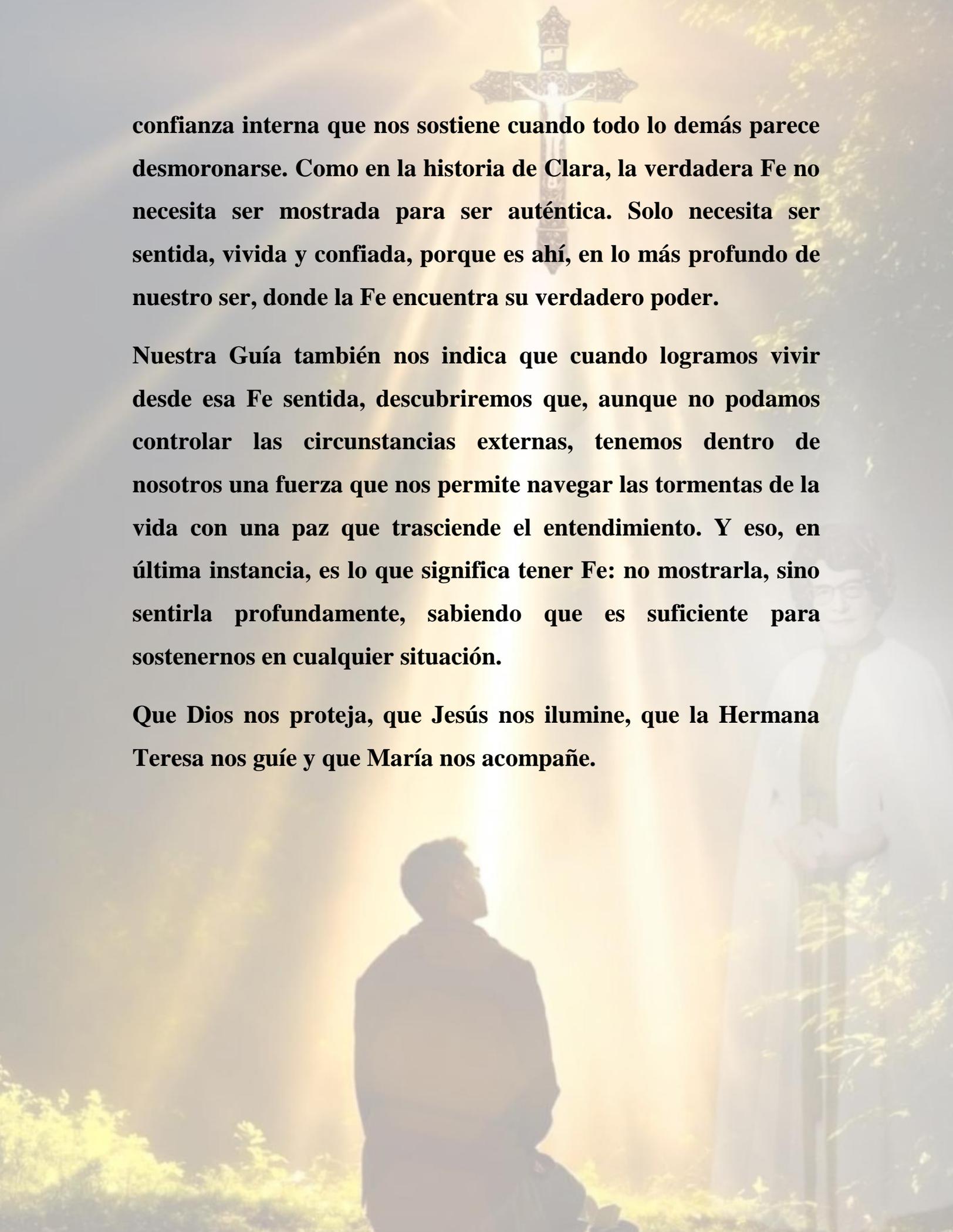


nos empuja a demostrar quiénes somos y qué creemos, Clara nos muestra que la Fe no necesita ser mostrada para ser real. De hecho, a menudo es en los momentos de mayor dificultad cuando la Fe más profunda es la que se siente, la que no necesita pruebas ni demostraciones.

La Fe que se siente, la Fe que vive en lo más profundo de nuestro ser, es la que nos da fortaleza para enfrentar las adversidades con una calma que muchos no entienden. No se trata de evitar el dolor o de vivir sin problemas, sino de encontrar en la Fe una guía interna que nos permite seguir adelante, incluso cuando el camino es oscuro.

Así como Clara, muchos de nosotros podemos encontrar en la Fe esa fuerza interior que no necesita ser exhibida, pero que transforma nuestras vidas de manera silenciosa. En lugar de buscar pruebas externas o validación, debemos aprender a escuchar esa voz interna que nos guía, a confiar en que, aunque los demás no lo vean, nuestra Fe es real y poderosa.

Hermanos y hermanas, la Hermana Teresa nos dice que la Fe no es una bandera que debemos ondear para que todos la vean. No se trata de cuántas personas pueden percibirla o cuántas pruebas podemos dar de su existencia. La Fe, en su esencia más pura, es algo que se siente profundamente en el alma. Es la



confianza interna que nos sostiene cuando todo lo demás parece desmoronarse. Como en la historia de Clara, la verdadera Fe no necesita ser mostrada para ser auténtica. Solo necesita ser sentida, vivida y confiada, porque es ahí, en lo más profundo de nuestro ser, donde la Fe encuentra su verdadero poder.

Nuestra Guía también nos indica que cuando logramos vivir desde esa Fe sentida, descubriremos que, aunque no podamos controlar las circunstancias externas, tenemos dentro de nosotros una fuerza que nos permite navegar las tormentas de la vida con una paz que trasciende el entendimiento. Y eso, en última instancia, es lo que significa tener Fe: no mostrarla, sino sentirla profundamente, sabiendo que es suficiente para sostenernos en cualquier situación.

Que Dios nos proteja, que Jesús nos ilumine, que la Hermana Teresa nos guíe y que María nos acompañe.